

SECCION FORESTAL

«Si cualquier nueva repoblación forestal viniera, es muy probable que no pudiera aguantar tampoco este régimen a que le someten nuestros agricultores (de exploración del sotobosque) y, por lo tanto, es preciso tener ello en cuenta antes de empezar cualquier repoblación de roble americano, castaño japonés o cualquier otra especie».

MUNIBE, n.º 3, 1950.

No cabe duda de que, hasta el presente, tanto la agricultura como la ganadería de nuestro país han vivido de la explotación, o mejor, expoliación del bosque.

La explotación agrícola necesita abonos con los que devolver a la tierra anualmente lo que, también anualmente, recogemos de ella en forma de cosecha. En las tierras que se llaman "ricas" lo que se les devuelve es mucho menor de lo que nos da; este caso es raro y todas las tierras terminan pronto su "stock" de riqueza almacenada y pasan a ser tierras a las que es necesario abonar anualmente si se desea obtener anualmente una cosecha.

En la meseta española, el régimen de tierras es de barbecho y abono, es decir, que se deja el terreno en descanso durante un año y se abona y cultiva al año siguiente.

En el país vasco se cultiva el terreno todos los años, abonandolo todos los años también, y a veces más (antes de cada cosecha).

El abono empleado es el orgánico, formado por las deyecciones de su ganado vacuno generalmente añadido de cantidades variables de tejido vegetal, bien sea helecho, argoma u otras malas hierbas, o también del producto del sotobosque, como hojas de castaño, roble y haya.

Todo caserío vasco posee en esencia una primitiva fábrica de abono orgánico y, naturalmente, mantiene en vida un cierto número de cabezas de ganado estabulado que exige cuidados que imprimen ya un tipo de explotación típica en nuestro caserío.

Parte del terreno de un caserío vasco está destinado a la vida de esta fábrica de abono y los mejores terrenos están destinados a dar una seguridad de vida a esta fábrica. Hierba, forrajes, remolacha y maíz son para el ganado y éste produce, en compensación, leche y terneros, aparte de las deyecciones sólidas y líquidas.

Otra parte de los terrenos del caserío producen helecho y hojarasca o maleza del cotobosque, y añadido esto a las deyecciones del ganado se consigue el abono orgánico que ha de servir para asegurar otra vez la cosecha de hierba, forraje, maíz, patata, etc.

A estos terrenos que producen helecho, hojarasca y maleza es a donde se dirige el cariño de nuestros actuales caseros, ya que le aseguran su producción de abono; es una de las primeras materias de su fábrica. La cosecha le permite la vida de sus animales y el helecho y el sotobosque la producción de su abono indispensable. Aparte, tienen leche y carne.

Es a estos terrenos a los que se dirige la atención de los forestales. Es evidente que antes —hace cien años— fueron bosques de robles, hayas o castaños lo que ahora, con la desaparición del arbolado por talas o enfermedad, son helechales, argomales y campos abandonados.

Nuestros montes o montañas (1), al desaparecer el arbolado, tomaron el aspecto pelado y liso producido por sus masas de helechales, verdes en verano, rojizas en otoño y grises, de aspecto triste, en invierno, después de la corta y recogida en grandes montones "metak" a la puerta de los caseríos donde funciona la fábrica de abono orgánico.

La reacción contra los helechales empezó hace ya años y cada vez van extendiéndose más las masas arbóreas o forestales a expensas de estos terrenos, y dentro de algunos años, cuando se vea claramente la masa arbórea o "monte", se habrá cambiado otra vez la fisonomía de nuestras montañas.

Con esto se presenta un problema que atañe directamente a la manera de llevar la explotación del caserío.

Llamase caserío a esta unidad de explotación, típica en nuestro país, caracterizado por una explotación familiar de la casa de labor que se asienta en terrenos en plena montaña y que tiene una orientación agrícola, a saber: terrenos de laboreo para la producción de alimentos vegetales para la familia humana que habita la casa y para la producción de alimentos para el ganado, que permite el funcionamiento de una fábrica de abono orgánico. Esto da una fisonomía típica a nuestra región por la enorme diseminación de las viviendas que se instalan por todos los lugares del terreno montañoso; siendo el agua muy abundante y frecuentes las fuentes de agua, se facilita esta diseminación.

La propaganda a favor del arbolado se ha traducido en plantaciones forestales. El éxito inmediato de algunas de estas repoblaciones, como la del "pinus insignis", de resultados francamente económicos, ha cambiado, al parecer, la ruta de esquilmación a la que iba ciertamente nuestro terreno de montaña.

(1) "Monte", para los forestales, significa "masa extensa de árboles", mayor que el significado que damos a "bosque". Por tanto, se impone el empleo de la palabra "montaña".

Sin embargo, queda sin resolver el otro gran problema del agricultor: su necesidad de materia vegetal para su fábrica de abono.

Si se le quitan los terrenos donde producía su primera materia vegetal tendrá que optar por una de estas dos cosas: o explotar el sotobosque del "pinus insignis" o de otra especie, sea cual sea, o comprar fuera de la región esta materia vegetal que necesita para su fabricación de abono, abono necesario para la producción agrícola de sus tierras y, por tanto, para su vida. Son éstas las únicas dos soluciones al problema de la explotación del caserío, como unidad económica,

La primera modalidad se explota ya y no es difícil oír decir que el pino necesita que el suelo o sotobosque esté bien limpio, lo cual quiere decir que el agricultor DEBE limpiarlo. Más tarde se verá el resultado de esta forma de proceder. La otra fórmula es comprar paja fuera de nuestra región; la paja abunda en España pero, ¿resultaría económica?

Es este un estudio que parece presentar un enorme interés y cuya solución plantea problemas de índole económica aún mayores.

¿Habremos de permitir la explotación del sotobosque, tan criticada por todos los forestales, o habremos de facilitar a nuestra población agrícola la primera materia para su fábrica de abono orgánico importando género vegetal?

El agricultor de nuestro país se opone a toda política forestal, y ello es bien natural desde su punto de vista. Dos razones tiene para ello: necesita terreno para hacer vivir a su ganado estabulado, sembrando forrajes y necesita también helecho para "cama" del ganado y poder fabricar su abono de esta forma.

El ganadero, que tiene rebaños —ovejas, vacas, caballos— se opone igualmente porque vive también del terreno comunal, donde su ganado se mueve libremente y porque el bosque cerrado no da hierba. Prefiere, en cambio, el bosque claro y, sobre todo, el terreno helechal.

Hacer plantaciones forestales, es decir, rehacer lo que teníamos, es volverse contra la corriente cultural agrícola y ganadera que, hasta el presente —en especial, estos últimos 100 años— ha imperado en el país.

Los forestales, en cambio, creen que plantar árboles, tener "montes", es fundamental para nuestra economía general. Tan sólo se discute sobre la especie a plantar y esperamos presentar a nuestros aficionados diversas maneras de pensar sobre este tema tan fundamental.

El pino "insignis", el roble rojo americano, el castaño japonés o el híbrido de castaño japonés parecen ser las especies apropiadas para nuestro país, aunque no hay que olvidar otras especies que, si

no son verdaderamente forestales, de grandes masas, son defendidas con calor como en el artículo que transcribimos a continuación.

EL CEREZO PARA EL PLANTIO FORESTAL

por

Carlos Irazusta Zanoni

Esta especie de árbol frutal de la flora indígena de nuestro país fué bastante abundante en nuestras selvas históricas.

La variedad llamada silvestre, de monte o "txori geize" y que se cría dentro del bosque, entre otros árboles de cualquier especie —oble, haya, castaño, etc.— va desapareciendo por momentos, pues hace 40 ó 50 años, aunque dispersado y nunca en grandes masas, existía alguna cantidad que siempre se va reduciendo.

Los primeros días de la primavera, en que empieza la floración, constituye un precioso ornato para el bosque, distinguiéndose a grandes distancias.

Es una de las pocas especies de árbol frutal que crece y fructifica igualmente en tierra preparada como en selva y, por esta razón de no requerir ningún cuidado especial, es por lo que quiero ocuparme de él, buscando su propagación.

Repoblado en selva y desde el punto de vista de explotación de madera, su crecimiento es regular; nunca llega a aproximarse a las especies rápidas —pino insignis, eucalipto, chopo, etc.— pero tampoco se le puede comparar en lentitud de crecimiento con la encina, roble, etc.

Su madera siempre ha sido muy apreciada para la ebanistería por su veteado y su color rojizo, muy parecido a la caoba y difícil de distinguir de ella a no ser por un buen conocedor de maderas. Empleada como hasta ahora, tiene un grave inconveniente, ya que los muebles macizos de este material están en continuo movimiento, y si hoy toman esta torcedura, en la temporada siguiente toman aquella otra. Debido a esto se dice que la madera de cerezo nunca muere.

Su mejor empleo, sin duda, es en hojas para contrachapear y, para este objeto hace falta tronco de buen grosor que permita el desarrollar.

* * *

Como árbol frutal es sabido que rinde bien, aunque no se le prodiguen grandes cuidados.

Hay una forma de explotar el fruto, que está en uso en la Selva Negra y gran parte de Alemania y Suiza: es la obtención del Kirsch, que no es más que un aguardiente de cerezas, haciéndolas fermentar y destilando luego el producto obtenido.

Sería interesante estudiar en la región la variedad de cerezas para, en caso necesario, traer injertos. Es de suponer que se trate de la variedad silvestre a txori-geize, coincidiendo con un informe recibido de Copenhague, de la casa Johannes Rafn & Hijo, consultados en 1931.